

cubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo, á mas andar no sé qué hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél, que antes que se saliese á luz el mal recado, Don Clavijo pidiese ante el Vicario por su muger á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el Vicario la cédula, tomó el tal Vicario la confesion á la señora: confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. A esta sazón dijo Sancho:—¿Tambien en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? Por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dése vuesa merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia.—Sí haré, respondió la Condesa.



CAPÍTULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

DE cualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto, como se desesperaba Don Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo:— En fin, al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de Don Clavijo y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos.—Debió de morir sin duda, dijo Sancho.— Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas.—Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto, y parecíame á mí, que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse antes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta, que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun page suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentil hombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fué necesidad, no fué tan grande como se piensa, porque segun las reglas de mi señor, que está presente y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hacer de los caballeros, y mas si son andantes, los Reyes y los Emperadores.—Razon tienes, Sancho, dijo Don Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante, la señora Dolorida, que á mí se me trasluce, que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia.—Y cómo si que-

da lo amargo, respondió la Condesa, y tan amargo, que en su comparación son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas.—Muerta, pues, la reina, y no desmayada, la enterramos, y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el último vale, cuando *¿quis talia fando tempere à lacrimis?* Puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de Don Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia los dejó encantados sobre la misma sepultura, á ella convertida en una ximia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un padron asímesmo de metal, y en él escritas en lengua siriaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: *No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo á las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.* Hecho esto sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfange, y asiéndome á mí por los cabellos hizo finta¹ de querer segar-me la gola² y cortarme á cercen la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecucion de tan riguroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas de Palacio, que fueron estas que están presentes, y despues de haber ecsagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenia, dijo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas que nos diesen una muerte civil y continua; y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas, que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora vereis: y luego la Dolorida y las demas dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, cuales rubias, cuales negras, cuales blancas y cuales albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar

¹ Fingió, aparentó.

² La garganta.

admirados el Duque y la Duquesa, pasmados Don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes: y la Trifaldi prosiguió: desta manera nos castigó aquel follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que pluguiera al cielo, que antes con su desmesurado alfange nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores míos, (y esto que voy á decir agora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas, y así lo diré sin lágrimas) digo pues que *¿adonde podrá ir una dueña con barbas? ¿Qué padre ó qué madre se dolerá de ella? ¿Quién la dará ayuda?* Pues aun cuando tiene la tez lisa y el rostro martirizado con mil suertes de menjerges y mudas, apenas halla quien bien la quiera, *¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro?* ¡Oh Dueñas y compañeras mías! En desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron. Y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.





CAPÍTULO XL.

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

REAL y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas de ella, sin dejar cosa por menuda que fuese, que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, finalmente, los átomos del mas curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celeberrimo! ¡Oh Don Quijote dichoso! ¡Oh Dulcinea famosa! ¡Oh Sancho Panza gracioso! Todos juntos y cada uno de por sí vivais siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la historia, que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dijo:—Por la fé de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamas he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Válgate mil Satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras, sino el de barbarlas? Cómo ¿y no fuera mejor, y á ellas les estuviera mas á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo, que no tienen hacienda para pagar á quien las rape.—Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos, y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas, como fondo de mortero de piedra, que puesto que hay en Candaya mugeres que andan de casa en casa á quitar el bello, y á pulir las cejas, y hacer otros menjerges tocantes á mugeres, nosotras las dueñas de mi señora por

jamás quisimos admitirlas, porque las mas oliscan á terceras, habiendo dejado de ser primas: y si por el señor Don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura.—Yo me pelaría las mias, dijo Don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras. A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo:—El retintín de esa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos, y así de nuevo os suplico, andante inclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra.—Por mí no quedará, respondió Don Quijote: Ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros.—Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos mas á menos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber, que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura har-to mejor y con menos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera, sobre quien llevó el valeroso Piérres robada á la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mesmos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es tradicion antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele á Piérres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viages, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba, sino á quien él queria, ó mejor se lo pagaba, y desde el gran Piérres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viages, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro dia en Potosí: y es lo bueno que el tal caballo, ni come ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, segun camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. A esto dijo Sancho:—Para andar reposado y llano mi rucio, puesto que no anda por los aires, pero por la tierra yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo. Riéronse

todos, y la Dolorida prosiguió:—y este tal caballo, si es que Malabrundo quiere dar fin á nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche, estará en nuestra presencia, porque él me significó, que la señal que me daría por donde yo entendiese que habia hallado el caballero que buscaba, sería enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza.—¿Y cuántos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió:—Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella.—Querria yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo.—El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerophonte, que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéphalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro, ni menos Bayarte, que fué el de Reináldos de Montalvan, ni Frontino, como el de Rugero, ni Boótes, ni Peritoo¹, como dicen que se llaman los del Sol, ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino.—Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno de esos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo Rocinante, que en ser propio escede á todos los que se han nombrado.—Así es, respondió la barbada Condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama *Clavileño el Aligero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina, y así en cuanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante.—No me descontenta el nombre, replicó Sancho, pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna?—Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastroando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas.—Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla, ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda mas blanda que la misma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojin ni almohada alguna: pardiez yo

¹ Ninguno de los caballos del sol tiene este nombre. Uno de ellos se llama *Pirois*. Esto quiso decir acaso el autor. Peritoo fué el grande amigo de Tesco.

no me pienso moler por quitar las barbas á nadie, cada cual se rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viage, cuanto mas que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento de estas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.—Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no harémos nada.—Aquí del rey, dijo Sancho, ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hánse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¿Cuerpo de mí! Aun si dijese los historiadores: El tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero ¿que escriban á secas Don Paralipómenon de las tres estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero que se halló presente á todo como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir, que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa mi señora, y podría ser que cuando volviese, hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes que no me la cubra pelo.—Con todo eso le habeis de acompañar, si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar, por vuestro inútil temor, tan poblados los rostros destas señoras, que cierto seria mal caso.—Aquí del rey, otra vez replicó Sancho, cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas á dueñas, ¡mal año! mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada.—Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dijo la Duquesa, mucho os vais tras la opinion del boticario Toledano, pues á fe que no teneis razon, que dueñas hay en mi casa, que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi Doña Rodriguez que no me dejará decir otra cosa.—Mas que la diga vuestra escelencia, dijo Rodriguez: que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbas ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres, como á las otras mugeres, y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo y no á las barbas de nadie.—Ahora bien, señora Rodriguez, dijo Don Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que

mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno: que Dios sufre á los malos, pero no para siempre.—¡Ay! dijo á esta sazón la Dolorida, con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de pages, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña: desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mesmo Héctor el Troyano, no dejarán de echarnos un vos vuestras señoras, si pensasen por ello ser reinas. O gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas, envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor y estas nuestras barbas duran ¡guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazón de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.



CAPÍTULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

LEGÓ en esto la noche y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya danza fatigaba ya á Don Quijote, pareciéndole, que pues Malambruno se detenía en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí, cuando á deshora entraron por el jardín cuatro salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera. Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvages dijo:—Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello.—Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo, ni soy caballero, y el salvage prosiguió diciendo:—Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fuese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido, y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause váguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viage. Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á Don Quijote:—Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas, sino en que subas en él con tu escudero, y des felice principio á vuestro nuevo viage.—Eso haré yo, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin, ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y